

En Viaje

Edición N.º 224 — Junio de 1952 — Precio: \$ 10,00



el
otel Portillo.
oto
(ledonne).

El vino en la humana convivencia

Por MANUEL JOFRE N.

No es nuestra intención hacer una apología de la detestable embriaguez; ha sido ya lo suficientemente fustigada por médicos y moralistas. No pretendemos idealizar ningún vicio. Hablaremos del vino en su "misma natura", como decía el Arcipreste del Buen Amor. Sacaremos al vino del torbellino obscuro de las tabernas, donde los infelices cloroforman sus angustias, para traerlo a la mesa frugal de la vida diaria o a la manifestación serena de la alegría de vivir.

Si aceptamos como el filósofo que la verdad se encuentra en el justo medio y concluimos que toda exageración es ilícita, ¿por qué abusamos de los dones que nos dió la naturaleza y entre ellos del jugo balsámico y estimulante que adormeció al bíblico patriarca? Con sobrada razón sentencia el Eclesiastés que el vino, desde el principio, fue creado para regocijo y no para embriaguez: "Vinum in jucunditatem ab initio creatum non ad ebrietatem". Cristo, en las bodas de Canaán, multiplicó el vino para que el anfitrión no viera mermada la generosidad de su convite. El vino forma parte de la felicidad de las fiestas y para este elevado fin se desbordó por el mundo.

Pese al mandato del Libro Sagrado, el hombre ha libado en todas las épocas más de la cuenta, dejando en el fondo de las copas escanciadas todo el légameo de su torpe inconsciencia. El Arcipreste de Hita prevenía a sus lectores de los excesos en estas estrofas:

*"Es el vino muy bueno en su
[misma natura,
muchas bondades tiene, si se toma
[ma con mesura,
al que demás lo bebe, sáculo de
[cordura,
toda maldad del mundo face e toda
[da locura".*

De las locuras del mundo no le echamos tanto la culpa al vino como a la propia desidia humana, que ha hecho de la bebida del generoso caldo un vicio. El hombre, al desnaturalizar las cosas, las deja lesivas y condenables. El vino tiene vida, ha dicho un médico francés; nosotros sólo agregáremos que forma parte de ella en todas sus felices manifestaciones.

Para condenar el vino se han levantado muchas voces y se han

citado muchos ejemplos. En Holanda, en el siglo pasado, hubo un sacerdote capuchino que hacía prestar a sus fieles juramento de abstinencia; a consecuencia de esto, se dice, quebraron gran cantidad de tabernas y se cerró una cárcel por falta de presos. En Rusia, cuéntase el caso de que el zar, en una de sus visitas a un pueblo, encontró a todas las autoridades, incluso el pope, completamente borrachos, y tendidos en la plaza pública, lo cual determinó al monarca ruso a tomar severas medidas contra la embriaguez. ¡Medidas y ejemplos todos contra el abuso de que no ha sido culpable sino víctima el vino.

Desde el punto de vista científico, se recuerda el caso de las abejas, a las cuales se les somete al régimen de la miel alcoholizada, observándose pronto que pierden sus hábitos de trabajo, tornándose terriblemente egoístas y dedicándose al saqueo de las colmenas vecinas. Respecto de este ejemplo, podríamos dar la misma respuesta que le dió Balard a su amigo Claude Bernard, citado por Besançon en su obra "Los días del hombre". Claude Bernard va a ver a su amigo Balard, a quien sorprende bebiendo una copita y lo amonesta diciéndole que si en ese momento tuviera dos perros que les diera comida, y a uno de ellos, además alcohol, al sacrificarlos más tarde habría encontrado retrasada la digestión del que había bebido.

—¿Qué te prueba esto? —añadió Bernard.

—Que el alcohol no se ha hecho para los perros, —contestó Balard.

No faltaron en la antigüedad voces que recomendaron, con todo tino, el uso moderado y la exclusión del vino en algunos casos, principalmente en la edad juvenil. Platón sostiene que al hombre sólo le es dable beber vino después de los 18 años, porque hacerlo antes es "echar fuego al fuego" y, según San Jerónimo, "el vino es la primera arma que el diablo emplea para atacar a los jóvenes".

Dejaremos las cáusticas recomendaciones provocadas por el desequilibrio y mal uso del jugo tónico de la vida. Hablaremos de su victoria sobre las humanas aberraciones y de su significado como compañero de los grandes afectos del hombre. En este sentido, los poetas lo colman de favores. Mefistófeles estremece a su auditorio, en el "Fausto", de Goethe, haciendo brotar vino en la misma mesa del festín:

*"Produce la cepa racimos sin
[cuento,
y cuernos a pares el bravo cabrón.
Es néctar el vino y es leño el sar-
[miento.
¿Por qué de esta tabla no salta
[al momento
el jugo que aliento
le da al corazón?"*

El brindis, demostración de adhesión o afecto impera en las ceremonias nupciales de las más remotas épocas y en los más recónditos lugares. En Japón, los novios beben durante la comida nueve veces en la misma copa. En China se escancian dos copas de vino dulce para simbolizar la

Todas las provincias de la Zona Central de Chile enviaron sus reinas a la Fiesta de la Vendimia, realizada con todo éxito en Curicó. Aquí, un grupo de ellas, junto a las más ricas y sabrosas frutas de la generosa tierra chilena



armonía conyugal. En ciertas partes de Francia se mezclaba el vino tinto con el blanco, para indicar la unión de los esposos. En Nueva Caledonia los novios beben en un jarro con dos bocas, para señalar la comunidad a que estarán sometidos. Una de las ceremonias más pintorescas es la que se realiza en la tribu de los muyskas. El novio llega hasta la cabaña de su prometida, donde el padre le recibe con esta pregunta:

—¿Qué quieres aquí? ¿Te debo algo? Sal inmediatamente. Esta es una mera ficción del padre, porque al poco rato sale la prometida con un gran jarro de chicha, se toma un trago y convida a su compañero; por este simple acto se encuentran casados.

El papel que juega el vino en la amistad no es menos importante. Cuando no hay vino, decía Eurípides, el amor perece y perece todo cuanto es agradable al hombre. El brindis es una de las maneras más comunes de manifestar la amistad. Los griegos le dieron un nombre especial: filotesia. El anfitrión, alzando una copa llena de vino, derramaba un poco en el suelo, invocando el nombre de los dioses; en seguida se dirigía a la persona que deseaba distinguir para desearle felicidad y le invitaba a beber, y esto se repetía con todos los convidados. Después de las libaciones venían las canciones llamadas *oblicuas*; su nombre proviene de que el que bebía entonces una canción; acto seguido, no le pasaba su copa a su compañero, sino a cualquiera de los comensales, el que tenía forzosamente que continuarla.

En Roma, el brindis toma el nombre de "benedicere". "Bene nos dicite": bebed a nuestra salud. Los romanos, más refinados que los griegos en el arte culinario, llegaron a establecer normas más relajadas en los brindis. Así, existía la "comissatio", brindis después de la cena, que consistía, según Plinio, en una serie de copas vaciadas de un trago. Uno de los comensales hacía de presidente del festín y era el que indicaba la cantidad de copas que debía beberse y la forma en que debía brindarse, ya sea a la redonda o por turno.

Era mal mirado que el anfitrión cambiara la calidad del vino durante la cena. Plinio el Antiguo criticaba a los romanos que "sirven a sus invitados vinos diferentes a los que ellos beben o substituyen los buenos por malos durante la comida". Los vinos más conocidos eran los del Vaticano y Marsella, considerados como ordinarios, y el mejor de to-

dos, "el inmortal Falerno", al decir de Marcial.

Antiguamente se gratificaba en Europa al dependiente o al funcionario que hacía un servicio por medio de un vino; después se le dió el dinero para beber, avallando el valor del vino; es lo que equivale a la actual propina. Existía, así, el vino del criado, el vino del mensajero, el vino del escribiente y el vino de la huerte.

En Chile, país que goza de los mejores vinos del mundo, existe un vino de despedida que se llama *el estribo*; se denomina de este modo, porque se sirve en los campos, cuando el invitado está montado en su caballo y con los pies en los estribos, listo para despedirse. También existe la costumbre de pagar el piso, que viene a ser un convite a beber que hace a sus compañeros de labores el recién llegado a una repartición o establecimiento comercial y que lo costea con su primer sueldo. En Andalucía llaman "cobrar el piso", exigirles un convite de copas a los novios, cuyo idilio se ha generado a través de las rejas.

Al calor del vino, las fisonomías suelen perder su aspecto rígido, el individuo se torna más comunicativo, más sociable, más acogedor; es que el vino tiene esa rara cualidad de hacer intimar las almas y abrir los corazones; con razón han dicho los franceses: "Il faut boire pour se connoître et se connoître pour s'aimer". Es necesario beber para conocerse y conocerse para amarse.

Es muy corriente en las reuni-

ones que, al comienzo, los asistentes estén parcos, ceremoniosos, observándose unos a otros, y después del primer brindis parece que una brasa tónica se hubiera derretido el hielo de la reticencia y todo el mundo se pone comunicativo.

Al intimar los espíritus, el vino da el valor suficiente para hacer salir del claustro del secreto o del temor más de una opinión o verdad que manteníamos oculta, tal como si se rasgara el velo del subconsciente; de aquí que Horacio exclamara que "el vino saca a la luz los secretos ocultos del alma".

Al terminar este artículo, no nos referiremos a las virtudes medicinales del vino. Bástenos decir que dos longevos, a quienes se les preguntó, hace poco, sobre su régimen alimenticio, atribuían su larga vida a que siempre habían bebido cierta cantidad de vino. El doctor Besançon, en la obra humorística ya citada, receta que el hombre no debe beber agua, porque en ésta se encuentra toda la flora microbiana. Hay que beber vino, dice — y agrega: "Las pobres bestias beben agua porque no les queda otro remedio y gracias a ella revientan". El doctor va aún más allá: considera que los que no beben vino tienen temperamento avaro o perverso. El vino está tan relacionado con los afectos del hombre, que creo que tiene visos de verdad lo que dice el sarcástico doctor.

M. J. N.

